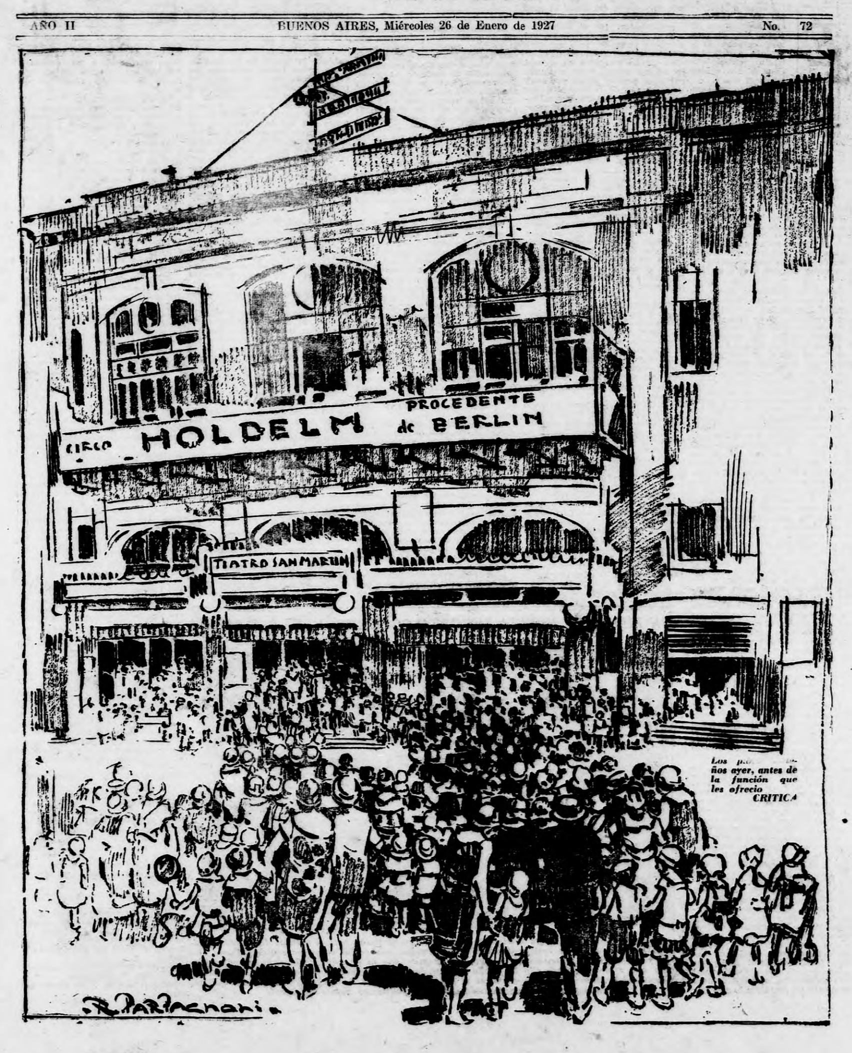
Crítica para los pibes

AÑO II — BUENOS AIRES, Miércoles 26 de Enero de 1927 — No. 72



Los p... ...ños ayer, antes de la función que les ofrecio CRITICA



:-: EL ÑATO :-:

por

Ada M. Elflein

EL personaje principal de la estancia Los Arroyos era el Ñato. Así, al menos, opinaba él y lo daba a entender bien claramente unas diez o quince veces al día.

El Ñato no era el patrón de la estancia, como pudiera suponerse, ni el hijo del patrón, ni siquiera el mayordomo. Era un bulldog inglés de colmillos formidables, que asomaban blancos y brillantes entre sus labios arremangados, de patas como postes y un aire de ferocidad que parecía decir:

—Conmigo no se juega.

Hacía años, cuando joven, el Ñato había salvado la vida al patrón.

La estancia se hallaba situada en el Sur de la provincia de Buenos Aires, en la región de las sierras, que solía denominarse entonces la frontera, por la línea de fortines que se extendía allá como defensa contra los indios.

Estos se reunían a veces en gran número para "llevar un malón" contra las estancias de los cristianos, como llamaban a los blancos. Los malones eran correrías en las que mataban a los hombres, se llevaban cautivos a los niños y mujeres y arreaban el ganado. Este último era llevado a través de las pampas y de la cordillera a Chile, donde se vendía a buen precio.

Los indios atacaban casi siempre al amanecer. En todas las estancias se sabía eso y colocaban guardias. Asimismo, alguna que otra vez los salvajes tomaban a los cristianos desprevenidos. Eso fué lo que sucedió en Los Arroyos. Cuando los hombres sintieron las carreras de los caballos y los alaridos de los salvajes, ya tenían encima el malón. Los indios presentábanse armados de largas lanzas y de boleadoras, que manejaban con suma destreza; los blancos tenían armas de fuego. En un momento todo fué confusión, estrépito y gritería, estampidos y golpes y choques de cuerpos que caían. El patrón fué acometido por un indio gigantesco, y los dos rodaron por el suelo, tratando cada cual de ultimar al otro. Cuando ya el estanciero sentía flaquear sus fuerzas, recibió ayuda inesperada. El Ñato, que vió en peligro a su amo, se abalanzó sobre el indio y se le prendió de un brazo; y a pesar de que el salvaje le hirió con el cuchillo, sus terribles dientes no aflojaron hasta que unos peones pudieron acudir en auxilio del patrón.

Los indios fueron derrotados; muchos de ellos quedaron muertos y algunos prisioneros. Cuando todo volvió a la calma, el pobre Ñato fué hallado con una mano de menos, tirado entre el pasto. Le recogieron, le cuidaron como a cualquiera de los heridos, y el patrón, la señora y los niños no supieron qué hacerle, de gratitud y cariño. Fué, desde entonces, el único perro de la estancia que tenía permiso para entrar en las habitaciones de la familia, a cualquier hora y con cualquier tiempo, y si ensuciaba con sus patas llenas de barro la estera limpia del comedor o subía chorreando agua, a una de las camas, esas gracias no le valían sino un "¡Ah, pícaro!", allí donde otro se hubiera llevado una buena azotaina.

Debido a estos mimos, el Ñato se hizo muy engreído y altanero. Todos los animales del establecimiento, grandes y chicos, tenían que hacerle caso; y ¡pobre del que osara olvidar el respeto debido al Ñato! Este descubría sus dientes y gruñía, y si esto no bastaba, aplicaba al desobediente un mordisco que lo hacía entrar en razón. En cuanto a las personas, las trataba, más o menos, del mismo modo, excepto, por supuesto, al patrón. Cuando alguien acudía a éste con una queja del Ñato, el amo decía riendo:

—Déjenlo... ¡es el Ñato!

Y el Ñato se aprovechaba, volviéndose cada día más agresivo y tiránico. Los animales que habían estado presentes en el asalto de los indios, toros y vacas, caballos, perros, gatos ovejas y hasta las aves refirieron a sus hijos cómo el Ñato había salvado la vida del amo, y les recomendaron el mayor respeto: aquéllos a su vez, se lo contaron a sus propios hijos y éstos a los suyos, todos con la misma recomendación, y así el bulldog pudo llegar a creerse el personaje principal de Los Arroyos. Halló ese estado de cosas muy cómodo, y no perdía ocasión de afirmar su dominio. Los años pasaron, el Ñato envejeció, y aunque conservaba su aspecto feroz, sus fuerzas disminuyeron y los dientes se le iban cayendo. A pesar de ello, seguía tiranizando a toda la población zoológica de la estancia, abusando de su prestigio y confiado en la costumbre de los demás, de sometérsele.

II

Pero sucedió que nació en Los Arroyos un lindo potrillo negro, al que llamaron Diablo. Resultó, con el tiempo, que el nombre le cuadraba a las mil maravillas, pues era el mismísimo demonio.

Diablo, pues, halló que la tiranía ejercida por el Ñato era una cosa injustificada, y no veía por qué habían de seguir soportándola.

—Está bien que haya salvado la vida del patrón, hace diez o doce años — dijo a sus amigos. — Es un mérito que nadie le quita. Pero no es una razón para querer dominarnos a todos. ¿Acaso nosotros no valemos tanto como él, cada cual a su manera? En cuanto se descuide le voy a romper, de una coz, las tres patas que le quedan.

—¡Dios te libre! —exclamó su madre espantada. — Te va a destrozar.

—¡A mí! — Diablo se revolcó en el pasto; tanta gracia le hacía el temor de su madre.— ¡A mí! Si ya no tiene casi dientes. Es un cuco, al que tienen miedo por costumbre. Gruñe, y todos corren sin ver que no puede hacer más que gruñir.

El elemento joven de la estancia se mostraba de acuerdo con el Diablo; pero los viejos, aunque hallaban alguna razón en esas quejas, estaban demasiado habituados a respetar al Ñato. Declararon que no favorecían ninguna tentativa de "meterse con él" y aconsejaron muy seriamente a sus hijos que no lo hicieran tampoco. Como entre los amigos del Diablo también había muchos indecisos, que no podían librarse del terror con que siempre habían mirado al feroz bulldog, el potro negro no quiso aventurarse solo y tuvo que esperar alguna oportunidad propicia, para librar a los animales de la intolerable dominación del Ñato.

III

Presentóse esa ocasión, como la mayoría de las ocasiones, en forma inesperada.

Los cuadrúpedos que habitaban la estancia, así domésticos como silvestres, quisieron reunirse en asamblea para resolver algunas cuestiones de importancia para ellos. Había discusiones sobre pastos y aguadas, y otras quejas y reclamaciones entre los diversos animales. Como existían también ciertos asuntos secretos que sólo atañían a los cuadrúpedos, se resolvió excluir a las aves, insectos, reptiles, etc.

Para que no cupiera al respecto la menor duda, se colocó en la entrada del potrero donde iba a verificarse la asamblea, un cartel con la siguiente inscripción:

"No se admite gente de menos ni de más de cuatro patas".

Cuando el Diablo vió ese cartel, soltó un relincho de alegría y se puso a dar brincos, exclamando:

—¡Esta es la mía! ¡Esta es la mía!

En seguida fué a buscar a sus amigos, que como él estaban hartos de las impertinencias del Ñato y tuvo con ellos una larga conferencia. Hubo allí tal coro de relinchos, ladridos, balidos, mugidos y rebuznos, que se hubiera dicho un ensayo general de concierto.

—¿Qué tendrán esos bichos?— decían los hombres que oían ese vocerío estrafalario. Como no entendían el lenguaje de los animales, no podían saber que éstos reían a carcajadas de lo que estaba proponiéndoles el Diablo.

Cuando se separaron, después de haber convenido en cierto plan, se comprometieron a guardar todos la más estricta reserva.

IV

Llegó la noche de la reunión, y de todos lados acudieron los cuadrúpedos que habitaban la estancia; caballos, vacas y bueyes, ovejas y cerdos, perros y gatos, asnos y mulas, y hasta una cabrita que pertenecía a los niños del patrón. También se presentaron los animales silvestres, zorros, zorrinos, vizcachas, comadrejas, nutrias y otros animalejos del campo.

En la tranquera había una comisión encargada de recibir a las "personas" que llegaban y cuidar de que no entrase nadie sin estar en condiciones de asistir a la reunión.

El Diablo había conseguido que le dejasen nombrar esa comisión. Formábanla él mismo y un grupo de sus amigos, todos jóvenes, fuertes, valientes y decididos, elegidos entre las diversas especies de animales domésticos.

Uno de ellos, un hermoso perro ovejero llamado Dan, fué despachado desde temprano para buscar al Ñato y acompañarle al potrero, como si fuese una deferencia; pero con encargo secreto de hacerle demorar hasta que todos los demás estuviesen reunidos.

Dan entretuvo al Ñato, haciéndole referir su hazaña el día del malón, lo que constituía el medio mejor para hacerle olvidar de todo. Así fué que cuando llegaron a la tranquera, no había nadie allí, fuera del grupo formado por la comisión.

El Ñato se adelantó e iba a entrar muy campante, cuando el Diablo le cerró el paso, diciéndole:

—Usted no puede entrar aquí.

—¿Cómo que no puedo entrar aquí?

—No, señor; lea el cartel.

El Ñato miró el cartel y los ojos se le inyectaron de sangre.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? — interrogó en tono amenazador.

—Pues que usted tiene menos de cuatro patas.

—¡Insolente! — gritó el Ñato, abalanzándose sobre el potro; pero éste se dió vuelta y enseñó uno de sus sólidos vasos. El Ñato retrocedió, y se encontró con que los animales habían formado un círculo alrededor de él.

—¿Qué significa esto? — gruñó, tratando de asustarlos — ¿Quieren que me prenda del pescuezo o de una pata a alguno de ustedes?

El Diablo se rió.

—¡Prenderse! ¡Pobrecito! ¿Con qué se va a prender, si ya no tiene dientes? Escuche, Ñato. Estamos hartos de usted, ¿entiende? Hartos. Bastante ha abusado de nuestra paciencia y del temor que todos le teníamos; pero ahora nos tiene cansado.

—¡Yo te voy a dar! — aulló el Ñato, rabioso. — ¡Decirme eso a mí, que he salvado la vida al amo, y todavía hacerme burla porque he perdido una pata en la pelea!

—No, no le hacemos burla, Ñato. Reconocemos su mérito y todos estaríamos orgullosos de poder portarnos como usted en igual caso. Pero todo eso no le da derecho para tiranizarnos, para gruñirnos cuando nos atravesamos por casualidad en su camino, para quitarles la comida a los demás perros, para echar a los gatos del lado del fogón y ocupar su lugar cuando se le ocurra y cometer otros atropellos por el estilo.

—Bueno... ¿y? — preguntó el Ñato con aire altanero, aunque no estaba nada tranquilo.

—Y como le dije — continuó el potro negro, — no estamos dispuestos a tolerarle ni una sola tropelía más. No queremos hacerle el menor daño; pero si usted no jura ahora, aquí mismo, que dejará de hacer de mandón y de creerse más que los otros y que se conformará con vivir como los demás...; si usted no jura eso, llamaré a todos los animales y les diré que el Ñato, el terrible Ñato, el terror de la estancia, no es más que un miserable can viejo que no puede sino ladrar. ¡Imagínese cómo se reirían! Hasta las sabandijas del campo se le burlarían en su cara. Pero si usted promete lo que le exigimos, nosotros, a nuestra vez, le prometemos que nadie sabrá nada de este incidente, porque comprendemos que, después de haber sido tan temido y respetado, sería muy humillante para usted.

—¿Y si no quiero? — dijo el Ñato, avergonzado y furioso.

—Entonces, ya sabe lo que haremos. O, si usted lo prefiere... cualquiera de nosotros sería suficiente para acabar con usted.

El bulldog miró en derredor suyo. Había allí suficientes cascos, cuernos, garras, y dientes para dar cuenta de veinte como él. Era preferible someterse.

—Bien, — gruñó de mal talante, — acepto las condiciones. Pero se entiende que ustedes también cumplirán su palabra.

—Cumpliremos. Y se entiende también, que la primera vez que usted reincida, toda la estancia sabrá lo sucedido esta noche. Y como usted ha agraviado a muchos y no todos son tan complacientes como nosotros, calcule usted cuáles podrían ser las consecuencias. Con que ¿jura usted?

—Sí, juro.

—Muy bien. Puede usted pasar adelante.

El círculo se abrió y el Ñato entró en el potrero. Se había repuesto un poco del susto, y para demostrar que no tenía miedo, observó en tono desabrido:

—Entro porque me da la gana.

—Bueno, lo mismo da, — respondió el Diablo, y los demás se rieron.

UN PERRO DE NIÑERA, UN GATO COCHERO Y UNA GALLINA

de pasajera. — He aquí a un inteligente perro que ya quisieran para sí muchos de nuestros amiguitos. Esta escena se ve casi a diario en Yanquilandia, país de las cosas maravillosas. Como allá nieva y el perro es inmensamente bueno, no permite que ni el señor Micifus, ni la señora Gallineta anden de pie. Para ello ha hecho que su dueño le compre el cochecito y en él pasea a sus camaradas. Hombre galante, a su vez el señor Micifus hace de cochero, y la señora Gallineta va coquetamente encaramada en lo que podríamos llamar la capota.

ENTRETENIMIENTOS PARA AGUZAR EL INGENIO DE LOS PIBES

¿CUAL ES EL ANIMAL QUE NO SE VE?



A trabajar, pibes: Ustedes verán que en el grabado hay un pato, un conejo y una laucha. Se han encontrado en este pintoresco lugar después de muchos años de alejamiento, y celebrando el encuentro, cada uno relata a los otros sus andanzas, y lo que vió y lo que dejó de ver. Pero en la amena tertulia se encuentra también otro animal, cuyo nombre nos reservamos esta semana. Sin embargo, si ustedes tienen interés, lo sabrán fácilmente. Sólo es necesario que se fijen con mucha atención en el dibujo.

CRITICA PARA LOS PIBES ofrece un nuevo atractivo. Lo hacemos por varios motivos. Porque nuestra mejor aspiración ha sido y lo será siempre promover la alegría infantil. Además, porque los pibes, conociéndonos como nos conocen, nos exigen a cada momento cosas nuevas, novedades, así como piden siempre renovados juguetes a sus paders. Pero sobre todo, creemos que los nuevos entretenimientos serán un gran estimulante para aplicar su inteligencia y desarrollaria al mismo tiempo.

Con todo esto, comprendemos que ya es tiempo de ir derecho al asunto, porque el pequeño que nos lee ya estará impaciente por saber de qué se trata en esta página.

Bueno, basta de impaciencia, purrete. Se trata sencillamente de esto: Usted será el que tiene que pensar un poco. De la historieta muda que publicamos en la hoja, usted debe dar una interpretación del cuarto cuadro.

¿Por qué es la alegría de los niños frente al dueño del castillo que momentos antes saliera con un tremendo garrote? ¿Qué contiene la caja? A estas preguntas corresponderá responder respecto a la historieta del número de hoy.

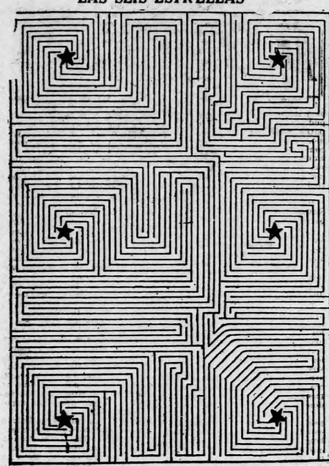
Esa interpretación será enviada a CRITICA, conjuntamente con los demás entretenimientos de la página, que usted completará.

El pibe que acierte mayor número de soluciones en cada número será el triunfador, y de él publicaremos su fotografía en el número subsiguiente, como un merecido reconocimiento a su viveza infantil.

CRITICA PARA LOS PIBES espera recibir cartas a montones de ustedes.

Anímese usted, pibe, y robe unos minutos al rango, a la rayuela y al rescate...

LAS SEIS ESTRELLAS



He aquí otro bonito entretenimiento. Esta prueba, por cierto muy fácil de realizar, consiste en trazar una raya desde una de las estrellas del grabado y visitar con ella las otras cinco estrellas. La línea puede iniciarse en cualquiera de las estrellas que se hallan en los ángulos del dibujo, pero en ningún momento debe cruzarse la raya que se va trazando. Además no es necesario que se siga un camino determinado. Una vez que se llegue a una de las estrellas, puede elegir el camino que a uno más le agrade.

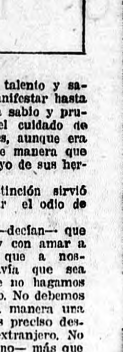








MUZA EL VALEROSO HIJO DEL REY DE SIRIA



Un rey de Siria, casado, según la costumbre de los países orientales, con muchas mujeres a la vez, llegó a tener la friolera de cincuenta hijos. El menor de todos, llamado Muza, fué criado y educado lejos de su padre, en la provincia más distante de la capital del reino, porque había nacido tan débil, que los médicos le recetaron los aires de la sierra y hubo que enviarle con su madre a una región montañosa. No solamente se salvó así la existencia del niño Muza, sino que se hizo extraordinariamente fuerte y robusto; aprendió gimnasia, supo muy en breve y con la mayor perfección la esgrima y el manejo de toda clase de armas, montaba a caballo con la seguridad y maestría del más consumado jinete; en una palabra, agilidad y gallardía, al mismo tiempo que de varonil belleza. No iban en zaga sus prendas morales respecto de las físicas, pues había aprendido con la mayor perfección la gramática, la poesía y las ciencias; sabía varios idiomas y atesoraba una porción de conocimientos que le habrían envidiado algunos sabios. Su principal vocación, sin embargo, era la carrera de las armas. Su padre no quería llamarle a su corte hasta que no hubiese cumplido los veinte años, y por consiguiente, no le conocía aún; pero el joven, que anhelaba hallar ocasión de distinguirse, dijo a su madre un día:

—Querida madre, empiezo a disgustarme de esta vida ociosa e inútil. Sé que mi padre, el rey de Siria, tiene enemigos; los reyes circunvecinos pretenden cercenar los Estados que le pertenecen. ¿Por qué no ha de utilizar la fuerza de mi brazo? ¿Por qué no me llama a su corte? En los dos años que aun me faltan para que cumpla la edad que ha fijado para nuestra primera entrevista, ¿no podré acaso librarle de serios peligros?

En vano le exhortó su madre, Amina, a que tuviese paciencia. El joven estaba ansioso de dar muestras de su brío al frente del ejército, y tuvo la idea de presentarse a su padre sin manifestarle quién era, y ofreciéndole sus servicios como si fuera un joven desconocido ganoso de distinguirse en la guerra. No pudo menos su madre de aprobar tan magnánima resolución, y aunque sentía mucho despedirse de su hijo, le dió al fin licencia para emprender el viaje.

El joven Muza partió, montado en un hermoso caballo negro, veloz como el viento y lujosamente enjaezado, con bridas y estribos de oro y silla con mantilla de raso azul y piedras preciosas. Después de cuarenta días de viaje llegó al fin a la corte del rey, su padre, y no tardó en hallar medio de presentarse a él en palacio. Impresionado el viejo monarca por la arrogante figura de aquel joven, a quien no conocía, le recibió con mucha amabilidad y le preguntó quién era y de qué país procedía.

—Señor — respondió Muza — soy hijo de un general árabe. El deseo de viajar me ha hecho abandonar mi patria; y como he sabido al pasar por los estados de V. M. que estaba en guerra con algunos reyes fronterizos, he venido a su corte para ofrecerle mi brazo.

El rey se le mostró agradecido y le dió el mando de un regimiento.

Poco tardó el príncipe en hacer notar su valor; se atrajo la estimación de los oficiales, excitó la admiración de los soldados, y como no tenía menos talento que valor, supo granjearse de tal manera el afecto del rey, que llegó en breve a ser su favorito. Los ministros y demás cortesanos consultaban frecuentemente al joven Muza, y solicitaban con tanto anhelo su amistad como descuidaban la de los demás hijos del rey. No pudieron mirar aquello con indiferencia los otros cuarenta y nueve príncipes, y envidiosos de aquel extranjero, concibieron todos contra él el mayor encono. Mientras tanto, el rey, que lo amaba cada día más, no cesaba de darle pruebas de su afecto. Lo quería tener siempre a su lado; admiraba sus razonamientos, llenos de talento y sabiduría, y para manifestar hasta qué punto lo creía sabio y prudente, le confió el cuidado de los demás príncipes, aunque era de menor edad; de manera que Muza llegó a ser ayo de sus hermanos.



Esta nueva distinción sirvió sólo para aumentar el odio de éstos.

—Es insufrible —decían— que no contento el rey con amar a un extranjero más que a nosotros, quiera todavía que sea nuestro ayo, y que no hagamos nada sin su permiso. No debemos tolerar de ninguna manera una cosa como esta. Es preciso deshacernos de este extranjero. No tenemos —añadió uno— más que ir a buscarlo juntos y matarlo.

—No, no —observó otro— guardémonos bien de sacrificarlo nosotros mismos; su muerte nos haría odiosos al rey, que para castigarnos nos declararía a todos indignos de reinar. Es mejor que le pidamos para ir a caza, y cuando estemos lejos de este palacio, tomaremos el camino de otra ciudad, ¿adónde iremos a pasar algún tiempo. Nuestra ausencia alarmará a nuestro padre, que no viéndonos volver, perderá la paciencia y quizá condenará a muerte al extranjero, o por lo menos lo despedirá de su corte por habernos permitido salir del palacio sin una gran comitiva.

Aprobaron este plan todos los príncipes, fueron a buscar a Muza, y le rogaron que les permitiera ir a divertirse a la caza, prometiéndole volver el mismo día. Cayó en el lazo el hijo de Amina, y les concedió el permiso que le pedían. Partieron y no volvieron, y ya hacía tres días que estaban ausentes, cuando preguntó el rey a Muza en dónde estaban los príncipes, pues que hacía tiempo que no los veía.

—Señor —respondió el joven— tres días hace que fueron a caza, prometiéndome que volverían inmediatamente.

El rey se puso muy inquieto, y se aumentó su inquietud cuando vió que no comparecían aún al día siguiente. Sin poder reprimir su cólera, dijo a Muza:

—Imprudente extranjero, ¿por qué has permitido marchar a mis hijos sin acompañarlos? ¿Así desempeñas el encargo que te había confiado? Marcha a buscarlos inmediatamente, y tráemelos; de lo contrario, cuenta que tu perdición es segura.

Estas palabras impresionaron dolorosamente al desgraciado joven, que, tomando sus armas, montó prontamente a caballo. Salió de la ciudad, y lo mismo que un pastor que ha perdido su rebaño, buscó por todas partes a sus hermanos en el campo; se informó en varios pueblos de si los habían visto, y no adquiriendo ninguna noticia se abandonó al dolor más profundo.

—¡Ah, hermanos míos! exclamó, — ¿qué habrá sido de vosotros? ¿Habréis caído en poder de vuestros enemigos ?¿No habré yo venido a la corte de mi padre sino para causarle un disgusto tan sensible?

Después de haber emple... algunos días en buscarlos inútilmente, llegó a una llanura de una extensión prodigiosa, en medio de la cual había un palacio construído de mármol negro. Se aproximó a él, y vió en una ventana una dama muy hermosa que tenía los cabellos sueltos, y en cuyo semblante se notaban m... tras de profunda aflicción.

Apenas vió a Muza y juzgó que podía oirla, le dirigió estas palabras:

—¡Oh joven! Aléjate de este funesto palacio, o caerás muy pronto en poder del monstruo que lo habita. Un negro, que se alimenta de carne humana, tiene aquí su residencia; detiene a todas las personas a quienes su fatal destino hace pasar por esta llanura, y las encierra en obscuros calabozos para devorarlas.

—Señora — le respondió Muza — decidme quién sois, y no os dé pena lo demás.

—Soy una joven de familia noble, natural del Cairo — contestó la dama; — pasaba muy cerca de este palacio para ir a Bagdad, y tuve la desgracia de encontrar a ese negro, que mató a todos mis criados y me encerró aquí, donde me tiene prisionera Salvaos, aun es tiempo; el negro va a volver muy pronto: ha salido a perseguir a algunos viajeros que ha visto desde lejos en la llanura. No tenéis que perder tiempo, y aun no sé si podréis libraros de él con una inmediata fuga.

Apenas había acabado de decir estas palabras, cuando se presentó el negro. Era un hombre de estatura descomunal y de una figura espantosa. Montaba un robusto caballo tártaro, y llevaba una cimitarra tan ancha y pesada, que sólo él era capaz de manejarla. Al verle el príncipe, se admiró de su monstruosa estatura; dirigió sus súplicas al cielo para que le fuese favorable; en seguida sacó su sable y esperó a pie firme al negro, quien despreciando a tan débil enemigo, le intimó que se rindiese sin pelear; pero Muza hizo conocer que quería defender su vida, pues se acercó a él y le dió un terrible sablazo en la rodilla. Viéndose herido el negro, dió un grito tan espantoso que resonó en toda la llanura. Púsose furioso, y echando espumarajos de rabia, se levantó sobre los estribos y quiso herir a su vez a Muza con su temible cimitarra. Lanzó el golpe con tanta violencia, que hubiera partido en dos al joven príncipe, si éste no hubiera tenido la destreza de evitar el sablazo por medio de un movimiento del caballo. Hizo la cimitarra en el aire un terrible chasquido, y entonces, sin dar lugar al negro a que descargase un segundo golpe, le descargó Muza uno sobre el brazo derecho, con tanta fuerza, que se le cortó. Cayó la terrible cimitarra con la mano que la sostenía, y el negro, cediendo a la violencia del golpe, abandonó los estribos e hizo resonar la tierra con el ruido de su caída. Entonces, apeándose el príncipe, se arrojó sobre su enemigo y le cortó la cabeza. La dama, que había presenciado el terrible combate, y que dirigía votos ardientes al cielo por aquel joven héroe que la llenaba de admiración, dió un grito de gozo, y dijo a Muza:

—Valeroso joven, terminad vuestra hazaña: el negro tiene las llaves de esta prisión: tomadlas y ponedme en libertad.

El príncipe registró los bolsillos del miserable que estaba tendido en el suelo, y encontró en ellos muchas llaves.

Abrió la primera puerta y entró en un gran patio, en donde encontró la dama, que salía a recibirle. Quiso arrodillarse ante él para manifestarle mejor su reconocimiento, pero él no lo consintió. Elogió la dama su valor, elevándolo sobre todos los héroes del mundo, a cuyos cumplidos correspondió el príncipe con gran modestia.

Su conversación fué interrumpida por gritos y gemidos.

—¿Qué es lo que oigo? — exclamó Muza. — ¿De dónde provienen esas voces lastimosas que llegan a mis oídos?

—Señor — dijo la dama, mostrándole con el dedo una puerta baja que había en el patio vienen de aquel sitio, en que hay una porción de desgraciados a quienes su fatal estrella ha hecho caer en las manos del negro; todos están encadenados, y cada día sacaba uno ese monstruo para comérselo.

—Es un nuevo motivo de satisfacción para mí — repuso el joven príncipe — el saber que mi victoria salva la vida a estos desgraciados. Venid, señora, venid a participar conmigo del placer de ponerlos en libertad.

Diciendo esto se adelantaron hacia las puertas del calabozo, y conforme se iban acercando oían con más claridad los lamentos de los prisioneros.

Impaciente por terminar cuanto antes sus penas, aplicó inmediatamente una de las llaves a la cerradura; no siendo la primera la de aquella puerta, tomó otra, y al ruido que hacía, todos aquellos desgraciados, creyendo que era el negro que iba, según su costumbre, a llevarles de comer y apoderarse al mismo tiempo de uno de los compañeros, redoblaron sus gritos y sus gemidos. Se oían voces dolorosas, que parecían salir del centro de la tierra.

Abrió el príncipe la puerta y encontró una escalera pendiente por la que bajó a una vasta y profunda cueva que recibía luz por una abertura, y en la que había más de cien personas amarradas a postes y con las manos atadas.

—¡Infelices viajeros — les dijo — desgraciadas víctimas, que no esperabais más que el momento de una muerte cruel, dad gracias al cielo, que os libra hoy por medio de mi brazo! He dado la muerte al horrible negro, cuya presa debíais ser, y vengo a quebrantar vuestras cadenas.

No bien hubieron oído estas palabras los prisioneros, cuando dieron todos a la vez un grito mezclado de sorpresa y de júbilo. Muza y la dama comenzaron a desatarlos, y a medida que lo iban haciendo, los que se veían libres de sus cadenas ayudaban a soltar las de los demás, de manera que en poco rato estuvieron todos en libertad.

Entonces se pusieron de rodillas, y después de haber dado las gracias a Muza por lo que acababa de hacer, salieron de la cueva; cuando estuvieron en el patio, ¡cuál fué el asombro del príncipe al ver entre aquellos prisioneros a sus hermanos, a los que andaba buscando y que ya no esperaba encontrar!

—¡Ah, queridos príncipes! — exclamó al verlos. ¿No me engañan mis ojos? ¿Sois vosotros, en efecto, los que estoy viendo? ¡Puedo lisonjearme de poderos volver al rey vuestro padre, que está inconsolable de haberos perdido! ¿No habrá que llorar a ninguno? ¿Vivís todos? ¡Ay, la muerte de uno solo de vosotros bastaría para emponzoñar el júbilo que me causa el haberos salvado!

Luego dirigiéndose Muza a la dama, le dijo:

—Señora, ¿a qué sitio deseáis ir? ¿A dónde os encaminabais cuando fuisteis sorprendida por el negro? Me propongo acompañaros hasta el sitio que habéis elegido para vuestro asilo, y no dudo que todos estos príncipes tengan la misma resolución.

Aseguraron a la dama los hijos del rey de Siria que no la dejarían hasta haberla entregado a sus parientes.

—Príncipes — les dijo la dama — yo soy de un país muy distante de aquí, y aparte de que sería abusar de vuestra generosidad el obligaros a hacer un viaje tan largo, os confesaré que me he alejado para siempre de mi patria. Os dije hace poco que era una dama del Cairo; pero en vista de las bondades que me dispensáis y de la gratitud que os debo, haría muy mal en ocultaros la verdad. Yo soy hija de rey. Un usurpador se ha apoderado del trono de mi padre después de haberle quitado la vida, y para conservar la mía me he visto precisada a huir.

Después de esta confesión, Muza y sus hermanos suplicaron a la princesa que les contase su historia, asegurándole que se interesaban mucho en cuanto se relacionaba con ella.

Entonces la joven comenzó de esta suerte la relación de sus aventuras:

—En una isla muy lejana de aquí hay una gran ciudad llamada Chipre, que ha sido gobernada largo tiempo por un rey poderoso, rico y virtuoso. Este rey no tenía hijos, que era lo único que faltaba a su dicha. Dirigía sin cesar súplicas al cielo, pero no las escuchó sino a medias, porque la reina, su esposa, después de una larga espera, no dió a luz más que una hija.

Yo soy esa desgraciada princesa, y mi nacimiento causó a mi padre más pena que gozo, porque esperaba un varón; pero se sometió a la voluntad divina. Me hizo criar con todo el cuidado imaginable, resuelto, puesto que no tenía hijos, a enseñarme el arte de reinar, y hacerme ocupar su puesto después de él.

Cierto día en que se estaba divirtiendo en la caza, su ardor lo llevó tan lejos, que, sin pensar en que se extraviaba, estuvo galopando hasta la noche. Entonces se apeó de su caballo, y se sentó a la entrada de un bosque en el que se había metido la caza. Cuando obscureció, notó entre los árboles una luz que le hizo juzgar que no se hallaba lejos de algún pueblecillo, de lo que se alegró, con la esperanza de pasar allí la noche, y encontrar alguna persona con quien enviar a decir a la gente de su comitiva en dónde estaba. Se levantó y se dirigió hacia la luz que le servía de fanal para guiarse.

Pronto conoció que se había engañado; aquella luz no era otra cosa que un fuego encendido en una cabaña, y habiéndose acercado a ella, vió con no poco asombro y terror un negrazo, o más bien un espantoso gigante, que estaba sentado sobre el tronco de un árbol. Tenía el monstruo delante un gran cántaro de vino, y estaba asando sobre los carbones encendidos un buey que acababa de desollar. Tan pronto llevaba el cántaro a la boca, como trinchaba trozos de aquel buey y se los iba comiendo. Pero lo que más llamó la atención del rey mi padre, fué una mujer muy hermosa que vió en la cabaña. Parecía estar sumergida en una profunda tristeza; tenía las manos atadas y se veía a sus pies un niño de dos o tres años, que, como si hubiese podido darse cuenta de las desgracias de su madre, no cesaba de llorar y hacía resonar el aire con sus gritos.

Conmovido mi padre ante tal escena, estuvo tentado desde luego a entrar en la cabaña y atacar al gigante; pero reflexionando que sería un combate muy desigual, se contuvo, y resolvió, puesto que no le bastaban las fuerzas, deshacerse de aquel monstruo por sorpresa. Mientras tanto el gigante, después de haber desocupado el cántaro y haberse comido la mitad del buey, se volvió hacia la princesa y le dijo:

—Hace ya algunos días que no como carne humana, y no me vendría mal tomarme de postre tu niño. Así, pues, con tu permiso, voy a hacerlo.

—¡Infame! — dijo aquella infeliz — dame antes cien veces la muerte.

—Ya que eres tan franca conmigo — respondió el negrazo — te confesaré que sólo por cortedad no te pedía que te dejase tú misma comer; pero la verdad es que con tu niño me habría quedado con hambre. Voy, pues, a comerte.

Al acabar estas palabras, tomó a esta desgraciada por los cabellos, la mantuvo con una mano en el aire, y sacando el sable con la otra, se disponía a cortarla la cabeza, cuando el rey mi padre disparó una flecha que atravesó el vientre del gigante, quien se tambaleó y cayó al punto sin vida.

Mi padre entró en la cabaña,

INTERESANTES NARRACIONES DE NOBLES HECHOS

y desatando las manos de la mujer, la preguntó quién era y por qué aventura se encontraba allí. La desventurada señora, le refirió que era esposa de un príncipe árabe y que aquel negrazo la había arrebatado en unión de su niño y conducido a la isla cierto día en que su esposo se había alejado para ir a una partida de caza. Desde que estaba en poder del negro, no había dejado de temblar por su suerte y por la de su pobre hijo.

—Esta es, señor — continuó la mujer del príncipe de los sarracenos — mi historia, y creo que os parecerá bastante digna de lástima.

—Sí, señora — le dijo mi padre; — vuestras desgracias me han enternecido, y no dejaré de hacer cuanto esté de mi parte por mejorar vuestra suerte. Mañana, apenas la luz del día haya disipado las sombras de la noche, saldremos de este bosque, buscaremos el camino de la gran ciudad de Chipre, cuyo soberano soy, y si queréis, habitaréis en mi palacio hasta que el príncipe, vuestro esposo, a quien escribiremos, os venga a reclamar.

La dama aceptó con gratitud aquella proposición, y al día siguiente se fué con el rey mi padre que encontró a la salida del bosque a todos sus oficiales que habían pasado la noche buscándolo y que estaban con la más viva inquietud por su ausencia.

Llegaron en breve al palacio del rey mi padre, que hospedó en él a la hermosa sarracena, e hizo criar a su hijo con el mayor esmero. No fué insensible la dama a las bondades del rey, a quien manifestó todo el reconocimiento que podía desear. Al principio se había manifestado bastante inquieta e impaciente de que su marido no la reclamase; pero aun no habían transcurrido dos meses cuando supo que había perecido en un combate contra unas tribus vecinas. Le lloró mucho, pero el tiempo fué mitigando su pesar.

Mientras tanto, fué creciendo el hijo de esta dama, que era muy arrogante, y como no le faltaba talento, supo agradar al rey mi padre, que le cobró mucho afecto. Todos los cortesanos le halagaban, pensando que aquel joven podría casarse conmigo; de modo que mirándolo ya como el heredero de la corona, se adherían a él, y todos se esforzaban por ganar su confianza. Conociendo el joven el motivo de aquella adhesión, y olvidando la distancia que mediaba en nuestras respectivas condiciones, se lisonjeó con la esperanza de que en efecto mi padre lo amaba bastante para preferir su alianza a la de todos los príncipes del mundo. No se contentó con esto: pareciéndole que tardaba el rey en ofrecerle mi mano, tuvo la osadía de pedírsela. Por más que su atrevimiento mereciese un castigo, mi padre se contentó con decirle que tenía otras miras, sin ponerle por eso mal semblante. Irritóse el joven y su orgullo se ofendió del desaire que se hacía a su pretensión, de tal manera, que resolvió vengarse de mi padre y de mí, y con una ingratitud de que hay pocos ejemplos, conspiró contra él, le encerró en una mazmorra y se hizo proclamar rey de Chipre por un gran número de personas descontentas, cuyo disgusto supo utilizar. Su primer cuidado después de haberse deshecho de mi padre, fué ir él mismo en persona a mi habitación, a la cabeza de una parte de los conjurados, con el propósito de quitarme la vida u obligarme por fuerza a que me casase con él. Pero yo había tenido tiempo de escaparme mientras estaba él ocupado en sujetar a mi padre; el primer ministro, que había sido siempre fiel a su amo, vino a sacarme del palacio y me puso en seguridad en la casa de uno de sus amigos, en donde me retuvo hasta que estuviese en disposición de hacerse a la vela un navío preparado por sus cuidados Entonces salí de la isla acompañada solamente de una aya y de este generoso ministro, que prefirió el seguir a la hija de su amo y asociarse a sus desgracias, que obedecer al tirano.

El ministro se proponía llevarme a las cortes de los reyes vecinos a implorar su asistencia y excitarlos a libertar a mi padre; pero no pudo lograrse tan noble designio. Después de algunos días de navegación se levantó una tempestad tan furiosa, que a pesar de la habilidad de nuestros marineros, agitado el navío por la violencia de los vientos y de las olas, se hizo pedazos contra una roca. Perdí el conocimiento, y sea que algunos restos del navío me condujesen hasta la costa, sea que el cielo hubiese hecho un milagro para salvarme, cuando volví en mí me encontré sobre la playa.

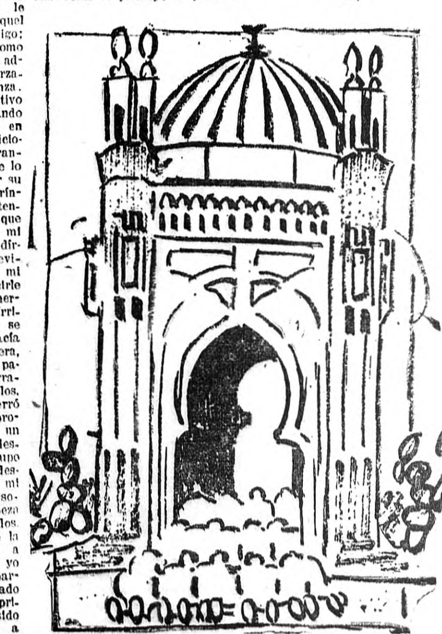
Impaciente aquél por conocerme, no quiso esperar la vuelta de sus oficiales; se aproximó, me miró con atención, y como no cesaba de llorar y afligirme, sin poder responder a lo que me preguntaban, les prohibió que me molestasen más con sus preguntas, y dirigiéndose a mí:

—Señora — me dijo — os suplico encarecidamente moderéis el exceso de vuestra pena. Si el cielo os hace experimentar su rigor, no por eso debéis desesperar. Animaos; la fortuna es inconstante, vuestra suerte puede cambiar, y aun me atrevo a aseguraros que si vuestras desgracias son susceptibles de algún alivio, lo encontrarán en mis Estados. Os ofrezco mi palacio; viviréis en compañía de la reina mi madre, que se esforzará en aliviar vuestras penas con sus halagos y su ternura. No sé todavía quién sois, pero vuestra suerte me interesa mucho.

Di las gracias al joven rey por sus bondades; acepté las obsequiosas ofertas que me hacía, y para hacerle ver que no era indigna de ellas, le descubrí mi condición y le referí mi historia. Tomó el príncipe la palabra luego que hube cesado de hablar, asegurándome de nuevo la mucha parte que tomaba en mi infortunio, y en seguida me condujo a su palacio, en donde me presentó a la reina su madre. Fué necesario comenzar de nuevo el relato de mis aventuras, y renovar las lágrimas. La reina se mostró muy sensible a mis pesares, y concibió hacia mí una ternura muy particular. El rey su hijo, por su parte, se enamoró perdidamente de mí, y me ofreció al punto su corona y su mano. Llena de reconocimiento, no me negué a hacerle feliz y se verificó nuestro matrimonio con toda la pompa imaginable.

Desgraciadamente, mientras todo el mundo estaba ocupado en celebrar las bodas del soberano, un príncipe vecino y enemigo hizo una noche un desembarco en la isla con un gran número de combatientes: este terrible enemigo era el rey de Trípoli, que nos sorprendió e hizo añicos a todos los vasallos del príncipe mi marido. Estuvo en poco que no nos cogiera a ambos, pues había llegado ya a palacio con parte de sus gentes; pero hallamos medio de escaparnos y llegar a la orilla del mar, en donde nos metimos en una barca de pescador que tuvimos la fortuna de encontrar. Bogamos a merced de los vientos por espacio de dos días sin saber en qué vendríamos a parar; y al tercero divisamos un navío que venía hacia nosotros a velas tendidas. Al principio nos alegramos, porque creímos sería algún navío mercante que podría recogernos; pero no puedo expresaros cuál fué nuestro asombro cuando, habiéndose aproximado a nosotros, se presentaron sobre cubierta diez o doce corsarios armados. Vinieron contra nosotros, se arrojaron 5 o 6 a la barca, se apoderaron de nosotros dos, ataron al príncipe mi marido, y nos hicieron pasar a su navío, en donde me quitaron el velo. Llamáronles la atención mi juventud y mis facciones; todos los piratas se mostraron encantados al verme, y en lugar de echarme a la suerte, todos pretendieron que les pertenecía.

(Continuará en el número próximo)



SEXTO CONCURSO DEL CUENTO SIN FINAL

Los niños deben leer cuidadosamente este cuento, y escribir el final que les parezca que le corresponde. Las composiciones, dirigidas al Concurso de final, CRITICA PARA LOS PIBES, Sarmiento 1546, serán sometidas al juicio de la Dirección, y la mejor recibirá una libra esterlina de premio.

UNA vez alzábase en el país un mango en cuyos huecos había grandes enjambres de abejas. Había sido recogida ya bastante miel, cuando llegó al árbol un hombre llamado Rakian y clavó en el tronco trozos de bambú para subir por ellos.

Iba ya a ponerse el sol cuando comenzó su labor.

Había en el árbol gran cantidad de enjambres, y cuando vió Rakian que las abejas que estaban en lo más alto eran blancas, quiso coger allí la miel. — Pues — pensó. — hasta ahora nunca he visto abejas blancas. — Ascendió por los trozos de bambú al árbol, y cuando estaba muy próximo al nido de abejas desenvainó su espada para separarlo del tronco. Pero las abejas no se salieron de su morada. Y cuando estaba cortando la rama de que pendía el nido, oyó que decían las abejas:

—¡Ah! ¡Qué dolor!

Rakian se asombró de oírlas, envainó la espada y las abejas le dijeron:

—Si quieres tomar el nido, quítalo con cuidado, no cortando.

Entonces tomó cuidadosamente el nido con las abejas, lo metió en su zurrón, descendió del árbol y se fué a su casa.

En su casa colocó en su cuarto el zurrón con las abejas.

A la otra mañana, Rakian salió al campo desde muy temprano y sólo regresó cuando era ya casi de noche. Pero al llegar a casa encontró pescado y arroz cocido sobre el hogar. — ¡Ah! — pensó Rakian,—dijo ¿quién se habrá ocupado de mi cocina, ya que estoy completamente solo en la casa? El pescado no me pertenece. El arroz tampoco. El arroz está frío y tiene que hacer ya mucho tiempo que está cocido. Acosa se haya deslizado alguien en mi casa, haya hecho su comida y me haya robado mi colmena. Miró su zurrón, pero la colmena estaba allí todavía. En seguida Rakian se sentó a comer. Está bien —pensaba;— si alguien quiere cocerme la comida, tanto mejor para mí.

A la mañana siguiente comió lo que le había sobrado de la noche y volvió a salir al campo. Como la víspera, sólo volvió a casa al comenzar la noche. Y otra vez estaba dispuesta la comida.

—¿Quién podrá ser —reflexionó Rakian— el que viene a mi casa y me cuece de comer?. De nuevo volvió a mirar si nadie le había robado su colmena.

Ocurrió así cada día. Siempre al regresar a casa, encontraba hecha su comida.

Entonces decidió volver un día más temprano para ver quién preparaba comida para él. De nuevo volvió a salir al campo por la mañana muy temprano; pero apenas se había alejado un trecho de su casa, cuando volvió atrás y se escondió cerca de ella. Esperó mucho tiempo sin qué aconteciese nada; entonces rechinó de repente la puerta de la casa y salió una mujer maravillosamente hermosa, que llevaba un cubo de bambú y bajó al río para buscar agua. Mientras tanto, Rakian se deslizó en la vivienda —la mujer no lo había visto,— y quiso mirar sus abejas. Abrió el zurrón, pero no encontró allí ninguna abeja, sino que sólo el nido vacío. Entonces sacó el nido del zurrón, escondiólo, y él mismo se ocultó también en la casa.

Al cabo de un rato regresó la mujer y se dirigió al zurrón para mirar el nido de abejas.

—¡Oh! —dijo ella.— ¿Quién me ha robado mi cofre?

Buscó por todas partes; por último se echó a llorar y se lamentaba:

—¿Quién podrá habérmelo quitado? Rakian no puede haber sido, porque se ha ido al campo. Temo que venga a casa y me encuentre aquí.

Cuando era ya casi de noche, Rakian se salió de su escondite e hizo como si regresara del campo. La mujer se quedó sin hablar.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Rakian— ¿Acaso quieres robarme mis abejas?

—No sé nada de tus abejas — respondió la mujer.

Llegóse él al zurrón en busca de las abejas, que, naturalmente, no estaban allí, pues él mismo había escondido el nido.

—¡Oh! —dijo él—, mi nido no está aquí. ¿Acaso me lo has quitado?

—¿Qué sé yo de tu nido de abejas? —explicó la mujer.

—Bueno, no importa —repuso Rakian—; pero ¿quieres hacerme la comida? Tengo mucha hambre.

No, no quiero hacerla —respondió la mujer,— pues estoy muy apesadumbrada.

Rakian volvió a rogarle una y otra vez que le preparara la comida; pero ella se negaba tercamente, y por último le preguntó:

—¿Dónde está mi ropa?

—No te la he quitado —respondió Rakian.

—Sin embargo, creo que me has escondido todos mis trajes y joyas —dijo la mujer.

Por último exclamó Rakian.

—No te los devolveré, pues temo que cuando los tengas te marches una vez más, y quedes perdida para mí.

—No quiero volver a tenerlos —contestó la mujer,— si me tomas por esposa. Mi madre quería que yo me casara contigo, pue tú no tienes aquí ninguna mujer, y yo no tengo en mi país ningún esposo.

Entonces Rakian trajo la colmena y se la dió a la mujer.

—¿Qué es esto? —le preguntó él.

—Ese es mi secreto —respondió la mujer.

Pero —continuó diciendo— no debes llamarme abeja de aquí en adelante, pues eso me dará mucha vergüenza.

Se casaron, y poco después tuvieron un niño.

Un día se celebraba una fiesta tuvo convidado y participó abundantemente en la bebida.

—¿De dónde es, en realidad, tu bella mujer? —le preguntó uno. Jamás he visto una mujer más hermosa.

—Es de esta aldea —respondió Rakian.

LOS NIÑOS NORTEAMERICANOS SON ENTUSIASTAS CULTORES



del base-ball. Recientemente, con motivo de inaugurarse en Nueva York la temporada de Base-ball, se produjo en las innumerables canchas que existen en esa ciudad, una original costumbre, que ya es tradicional entre los jugadores de ese deporte. La tradición indica que antes de iniciarse los partidos inaugurales de base-ball, todo el team debe trasladarse a las cuatro esquinas de la respectiva cancha, y hacer en cada una de ellas una breve práctica. Pero no se hace juego, sino que el capitán del team toma el Batt y, mientras los jugadores adoptan posturas como si jugaran, da con el mismo varios golpes al aire. El pintor yanqui, Leo Kober ha sorprendido en uno de esos momentos a los miembros de un team infantil, que es el que aparece en el grabado.

RESULTADO DEL CUARTO CONCURSO PARA LOS PIBES

Tal coco ocurrió con los anteriores concursos del "Cuento sin final", el número cinco que publicamos en CRITICA PARA LOS PIBES del miércoles próximo pasado, mereció especial atención de parte de nuestros amiguitos. Lo mismo que en las ocasiones anteriores han sido numerosos los finales que nos han enviado, y la mayoría de ellos muy acertados. La libra esterlina ha correspondido esta vez a un pibe. Tiene once años de edad y se llama Wáshington J. Bermúdez.

El final que nos envió, y que publicamos a continuación, es muy ajustado a la terminación original de nuestro cuento.

El agraciado con la libra esterlina debe pasar por la redacción de CRITICA PARA LOS PIBES, donde se le entregará el premio.

CUANDO el Gergasi" hubo expirado, los animales lo descuartizaron y se dieron un benquete opíparo con sus restos. Mientras lo hacían alrededor del alegre fuego en que lo asaron, vieron con espanto que de entre las llamas, surgía una sombra blancuzca; era el espectro del Gergesí. En medio del silencio general, el Gergasí les habló en estos términos:

"Compañeros, me habéis vencido en buena ley; y para resarciros de los prejuicios que os he causado, os voy a confiar un secreto que hará vuestra felicidad. Escuchad. Todos conocéis la Gran Encina que alza entre Bayas Rojas y el distrito vecino, su tronco es hueco y en él tiene su morada el mago Cabeza de Tritón, que ha sido mi gran amigo. Decidle, que yo os he bajo vuestro pedido el maravilloso talismán de las Tres Perlas.

Arrojadlo al río pronunciando esta fórmula no la olvidéis: "Talismán, talismancito, obedece ligerito tráenos muchos pecesitos".

Y veréis como toda la superficie del río se llena de pescados. Dicho esto se desvaneció el fantasma.

Los animales contentísimos, con el Almizclero a la cabeza, se encaminaron hacia la dirección indicada por el Gergasi.

Al cabo de tres días de marcha continuada consiguieron dar con la Gran Encina. Allí encontraron a Cabeza de Tritón, le explicaron la revelación del Gergasi y el mago les hizo entrega sin dificultad del maravilloso talismán.

Alegres como unas pascuas, Almizclero dejó caer en sus límpidas aguas el objeto mágico pronunciando por tres veces consecutivas las palabras consabidas. ¡Qué momento de emoción y de expectativa!...

¡Con qué ansia aguardaban los animales la consumación del Pero, ¡oh decepción! Los minutos pasaban y la superficie del río continuaba tan tersa como antes.

Los animales se miraron largo rato entre ellos, pero aun permanecieron largo rato, pues la esperanza no les abandonaba.

Al fin, persuadidos de que habían sido burlados, el Almizclero, el carabao el caballo, el corzo el buey y el perro emprendieron el camino de regreso, cariacontecidos y furiosos.

Al pasar por la Gran Encina, sacaron al' hechicero de su escondite, decididos a vengarse en él, ya que en en Gergasi no podían hacerlo. Entre el Almizclero y el carabao lo ataron a un árbol cercano con intención de quemarlo, sin hacer caso de los gritos y súplicas del anciano brujo. Este no cesaba de reptir que lo soltaran, que el talismán que les había dado no era más que una copia del verdadero, que si le perdonaban la vida él iría y se lo traía en seguda.

Tanto gritó que el carabao y el Almizclero concluyeron por envío, y entonces os entregaré, convencerse: el Almizclero empezó a desartarle la sligaduras por la cabeza, y casi simultáneamente el carabao hacía lo mismo por los pies. Apenas el brujo se vió libre: "Patitas para que os quiero", dijo, y se perdió en la espesura, de donde ya no regresó. Fué de ver la desesperación de los animales al verse engañados tan miserablemente por segunda vez. Unos a otros echábanse la culpa de lo sucedido; el carabao y el Almizclero sobre todo, se trabaron en calurosa disputa. "¿Para qué lo empezaste a desatar por la cabeza?", decía el carabao. "¿Y tú para qué lo empezaste a desatar por los pies?" "Yo no hice más que seguir tu ejemplo". "Excúsate ahora; ¿por qué lo seguiste?" "Tú tienes la culpa". "La culpa la tienes tú". Como la discusión subía cada vez más, no tardaron ambos en pasar de las palabras a los hechos. El carabao, escapando de su contrincante que era mucho más fuerte y enorme, se arrojó al río, y, el Almizclero, ciego de ira, se precipitó tras él, ahogándose ambos en las aguas. Oyóse entonces en la espesura una especie de carcajada llena de ironía: el caballo el perro, el buey, el ciervo y el corzo, volviendo sus ojos hacia el punto de donde había partido, vieron el espectro del Gergasi, quien volvió a hablarles de esta manera, exclamando: "¡Ah, ah,ah! ¿Creíais que aún después de muerto no sabría vengarme? Ahora estoy satisfecho".

¡Ah, ah, ah! "Quien ríe último, ríe mejor". Y dichas estas palabras, desapareció.

Así es como cuenta la leyenda que se extinguió la especie del carabao, del almizclero y del gergasi.

CUPON N.° 5

Concurso de cuentos

(Para incluir con las terminaciones del (N.° 6)

Nombre ....

....

Dirección ....

....

Edad ....

....

AL PIBE QUE AYER ESTUVO EN EL CIRCO

Pibe que ayer fuiste al circo: no podés negar que CRITICA se parece a un hombre bueno, a ese señor grande y amable que a veces va a tu casa, que te hace sentar sobre sus rodillas, que te regala juguetes y que, de cuando en cuando, te lleva a pasear.

Como él, cuando te llama desde la esquina para comprarte caramelos, CRITICA, desde sus páginas, te gritó para invitarte a que fueras al circo.

Te llevó de la mano, te llevo extendiéndote su mano de bondad y de cariño. CRITICA es como ese hombre bueno, que ayer se sintió niño viendo tu felicidad.

Pibe que ayer fuiste al circo: no nos des las gracias. Tus carcajadas nos pagaron suficientemente. ¡Cómo nos alegramos al verte reir, al verte reir cuando apareció el Tony!

¡Ah, el tony! ¡Recuérdalo siempre con cariño! El se puso ayer su corbata más grande, sus pantalones má anchos, sus zapatos más ridículos! Ayer cuando se cayó para hacerte reir, el golpe le dolió mucho, pero a él no le importó nada porque estaba trabajando para vos.

¡Y los acróbatas! ¡Recuérdalos siempre con cariño! Ayer hicieron sus pruebas más difíciles. Ayer extendieron en el suelo un gran pedazo de muerte para salvarla con un salto mortal, para que tus ojos se llenaran de asombro, para que tu garganta se ahogara de emoción!

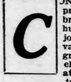
¡Y el payaso, la ecuyere y el saltimbanqui! ¡Qué sus recuerdos te diviertan por muchos días, como un balero, como un tambor o como un trompo musical.

No te olvides de ellos. No te olvides de recordarlos contándole sus pruebas a tu amiguito, a ese amiguito tuyo que se quedó sin poder entrar.

El, que es hermano del pibe que se quedó sin juguetes, ayer tuvo que volverse apretando entre las manos un gran pedazo de tristeza y llevando en los ojos, en ves de los colores del circo, el paisaje triste de la desilusión.

Decile qué, dentro de poco, organizaremos otro festival, donde trabajará el mismo payaso y el mismo tony que tanto te hizo reir ayer.

¿Qué es el Organismo Humano?



ONTESTANDO a las preguntas que sobre el organismo humano le hacía un joven obrero, convaleciente de una grave enfermedad, el médico que lo atendía, un doctor tan sabio como buenos, se expresaba en la siguiente forma:

—Muchos... Pero sigamos con lo nuestro. El **aparato visual**, de la vista, de la visión, aunque parezca muy difícil, muy complicado, es muy sencillo. Un globito, una bolita; detrás de esa bolita un cordón, un nervio, que va hasta el **cerebro**. El globo delante tiene una rajita que puede abrirse o cerrarse, y que se llama **pupila**. Viene la luz, da en el ojo, entra por la **pupila**, atraviesa toda la masa del ojo, del globo, de la bola, de la esfera, y al otro lado del ojo corre por el nervio que la lleva al **cerebro**... No puede darse nada más sencillo.



—Ya sabes que el hombre es una máquina que, además de vivir como todas las otras, siente; que es lo que las otras máquinas todas no pueden hacer. El hombre tiene **sensibilidad**; el ver es ya un trabajo de la **sensibilidad**; porque no tiene **sensibilidad** una máquina, no ve; el hombre sí ve, porque sí siente. Para ver tenemos los ojos; éstos ayudan, hacen algo de la **sensibilidad**, eso que no tienen las máquinas y quetienenlos hombres... el hombre es más perfecto que la máquina; porque ésta sólo vive; y el hombre vive y siente. ¡Desgraciado del hombre que no siente, que tiene dormida, muerta una parte de la **sensibilidad**! **¡Infeliz del ciego, que no ve, que no siente por los ojos, por la vista, que una parte de su sensibilidad la tiene también muerta, dormida!...**

"Esa bolsita se llama **glándula lagrimal**: los huecos donde están los ojos se llaman **órbitas**; las telitas o membranas que envuelven el ojos son tres; la de encima se llama **esclerótica**, la que está debajo de ésta se llama **coroides**, y la que está debajo de la coroides se llama **retina**; los órganos, las cosas que sirven para proteger al ojo se llaman **pestañas, párpados y cejas.**

—Y que nunca podrá decirse con más propiedad eso deque "sólo consiste en verlo" aquello que con el ver precisamente se relaciona, ¿verdad, doctor?

—Verdad, muchacho.

LEYENDAS BREVES

EL CRISANTEMO



N la Selva Negra (Alemania) vivía un campesino llamado Hermann. La víspera de Navidad, cuando regresaba a su casa, encontró a un niño pequeñito tendido sobre la nieve. Lo tomó en brazos y lo condujo al modesto hogar donde le aguardaban su esposa e hijos, quienes, compadeciéndose del pobre niño, compartieron alegremente con él la humilde cena que tenían preparada para aquella festividad.

El pequeño forastero permaneció toda la noche en la cabaña y a la mañana siguiente, después de revelar que era el Niño Jesús, desapareció. Cuando volvió a pasar Hermann por el lugar donde había encontrado al Niño, vió que habían nacido entre la nieve unas flores hermosísimas. Cogiendo un buen puñado de ellas las llevó a su esposa, quien les dió el nombre de crisantemo, esto es, flores de Cristo, o más propiamente "flores de oro" y, en lo sucesivo, toda Noche Buena, en memoria del pequeño visitante, Hermann y los suyos daban a algún niño pobre parte de la cena.

∴

LE ESTRELLA DE BETHLEHEM

Todos sabeis que los Reyes Magos, guiándose por una estrella que los precedía pudieron acudir desde las más remotas tierras a Belén (así se escribe hoy) para posternarse a los pies del Mesías recién nacido y ofrecerle incienso, oro y mirra como Dios, Rey y Hombre juntamente.

Sucedió esto el año primero de nuestra Era, y la misma estrella se observó, según los anales astronómicos, en el año 315 y en el de 630, o sea durante el reinado del emperador Oton, es decir, cada trescientos quince años.

En 1575 Tycho Brahe (léase Tico-Brae) descubrió la estrella, la estudió y dijo que es de las de segunda magnitud, pero tan brillantísima que era capaz de eclipsar en esplendor a los astros de primera magnitud. Añadió que es una más de las cinco que forman la constelación llamada Casiopea, y que a las tres semanas de haberla visto aparecer se empañó su brillo, hasta que se borró completamente, en lo cual tardó unos diecisiete meses.

Apareció, pues la hermosa estrella de Belén, o "Tyco-Bráica", cada trescientos quince años, como ya decimos esto es, en los años 315, 630, 945, 1260, 1575 y 1890.

Esperándose que volverá al firmamento visible en 2205.

¿La verá algunos de nosotros?

ORIGEN DE LOS MARES:
EL NACIMIENTO DE LOS OCEANOS

La Tierra era entonces como un globo rojo y cadente. La densa atmósfera de vapores que la envolvía, debió ser como un torbellino inmenso de evaporaciones, corrientes impetuosas y diluvios interminables, que durante varios siglos hicieron de nuestro planeta un gigantesco laboratorio químico, en cuyos hornos colosales se hallaban confundidos todos los elementos. Las formidables descargas eléctricas producidas por esas transformaciones térmicas y cinemáticas, acribillaban la atmósfera con sus relámpagos. Y si un alado viajero celeste hubiese pasado entonces a la vista de ese caos fantástico, habría quedado ensordecido con el estruendo espantoso de un perpetuo tronar, repercutiendo día y noche entre las nubes desgarradas y los vientos embravecidos.

La Luna, entonces mucho más cercana a la Tierra, provocaba con su atracción colosales mareas, tanto más amplias y poderosas por cuanto aún no había sobre la superficie terrestre ni rastro de continente que pudiese detenerlas. Alrededor del globo en dirección de Oeste a Este, el formidable ímpetu de esas mareas lo arrollaba todo. Y la superficie del mundo, con la atmósfera inflamada que la rodeaba era como un solo océano de fuego, llamas, humaredas, vapores, tempestades y truenos.

Luego, con el tiempo, llegó un día en que la superficie del planeta, enfriándose paulatinamente, comenzó a cuajar, como si fuera a solidificarse. Las primeras costras se formaron en las regiones polares y pudieron conservarse algún tiempo. Pero las que aparecieron en las zonas tropicales y ecuatoriales, fueron barridas por el irrestible empuje de las mareas, y quedaron flotando como escorias dispersas.

Sólo al cabo de innumerables tentativas logró permanecer, aquí y allá, una capa superficial viscosa y rudimentaria, como pez hirviente. Y sobre ella comenzaron a llover, con el sucesivo enfriamiento de la atmósfera, las primeras gotas de agua. Pero esas lluvias, apenas caídas, se evaporaban casi instantáneamente al entrar en contacto con el excesivo calor de la costa terrestre. Y así se inició un largo período durante el cual diluviaba sin cesar desplomándose del cielo copiosas cataratas de agua hirviente, que luego se remontaban convertidas en vapor, para caer de nuevo, condensadas, sobre la atmósfera terrestre. Este monótono combate entre el agua y el fuego, duró varios siglos. Y un día, por fin, habiéndose ya condensado la mayoría de los vapores superficiales, la Tierra apareció envuelta por completo en una capa permanente de agua, de varios kilómetros de espesor. Por debajo de ella yacía la primera costra sólida del globo, compuesta de granito y formando el lecho del mar universal. Y de esta costra todavía endeble, a través de sus convulsiones geológicas, brotaron sobre la inmensidad de las aguas desiertas, las primeras islas, las primeras montañas.

Durante ese maravilloso proceso de enfriamiento, no todas las substancias gaseosas que constituían el torbellino primitivo pasaron, sin excepción, al estado líquido o al sólido. Quedó, por el contrario, alrededor del globo, una considerable envoltura formada por una mezcla de oxígeno e hidrógeno en estado permanente de gas. Y eso es el aire que respiramos, la atmósfera que nos rodea. Esta atmósfera al principio era inmensa, pues se extendía hasta la Luna (que entonces, por otra parte, se hallaba mucho más cercana a la Tierra), y estaba cargada, no solamente de prodigiosas cantidades de vapor acuoso, más tarde condensadas en los océanos y mares, sino también de vapores de todos los otros gases y minerales futuros. Pero, a través del tiempo, la atmósfera fué transformándose y purificándose. Y así, en nuestros días, nos es dado respirar gozosamente ese aire limpio y transparente que forma el azul del cielo y la belleza de las perspectivas, templa y tamiza la luz solar, alimenta las plantas y los animales, y cuyo velo, lo bastante denso para evitarnos el enfriamiento completo de las noches de invierno es todavía lo suficiente ligero para permitirnos contemplar las estrellas y la admirable armonía del Universo. Nosotros no solemos darnos cuenta de esta maravilla. Pero si la atmósfera hubiese sido siquiera un poco distinta de lo que es, cualquier cambio habría bastado para envolvernos en una bruma perpetua, aislarnos del resto de la creación y mantener a la humanidad en la ciega esclavitud de la ostra aletargada en el fondo de los mares.

Durante ese largo período de la formación terrestre, la superficie del mundo fué como un inmenso desierto. Agua y rocas por doquier. Ni una mota de musgo en la tierra, ni un molusco en las aguas. En vano buscaríamos la configuración que ha de caracterizarla luego. Ni rastro de Europa, de Asia, de Africa, ni de América. Por todas partes, el mar, sólo el mar: agua, cielo, y algunos islotes de granito dispersos en la desolada inmensidad de las aguas. Una marea formidable da la vuelta al mundo, dos veces al día. Casi en todas partes, casi siempre, el cielo está encapotado y cubierto. La lluvia cae, el trueno retumba, los relámpagos palpitan en el seno de las nubes sombrías, el viento sopla con furia y la tempestad agita de continuo el viscoso cendal de las aguas.

CAMILO FLAMMARION

UNA NOVEDOSA DEMOSTRACION DARWINIANA







Serafín, olvidando en ese momento las vulgarizadas teoríasdarwinianas — una de cuyas conclusiones es que lo que hace ahora el hombre lo ha hecho antes el mono en una forma rudimentaria — dejó un mono en la misma habitación donde estaban sus botas. A la vista de ellas, el mono adelantándose a su evolución zoológica, se las colocó; cuando he aquí que el buen Serafín, acordándose que olvidó su sombrero en casa, resuelve regresar. El inteligente colaborador del doctor Voronoff, dándose cuenta que estaba cometiendo una falta, quiso desaparecer saltando para ello por la ventana, al mismo tiempo que su patrón abría la puerta. El resultado lo ven nuestros pequeños lectores: El buen Serafín, que no es el pinturero, y que acaso nunca había leído "El origen de las especies", tuvo en pleno rostro una concluyente como original lección de su antepasado.



Aventuras del Gato con Botas
Zapiron en el Circo HOLDELM
(Teatro San Martin)



La familia Zapirón procura su distracción

CONFITERIA LA
CHOCOLAT
ES BUENO LLEBAR ALGO DE COMER

Van al gran circo alemán con salame y con pan



Le agradan los saltos mortales a los cuatro animales



Cuando aparecen los perros Zapirón pide un cencerro



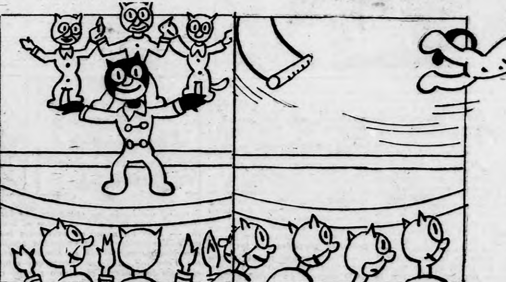
Pide que CRITICA interceda para entrar él en la rueda



Entra en el escenario cuando lo marca el horario



Comienza la demostración de los suyos y Zapirón



Y sus juegos acrobáticos nos los muestran muy simpáticos

Pero por falta de un fin este Zapirón icario se nos va de un volatín de las columnas del diario.